

# “Los Muyins”

*Elsa Borneman*

En la época en que Kenzo Kobayashi vivía en Tokyo y era un muchachito acaso de tu misma edad, no existía la luz eléctrica. Ni calles, ni caminos, ni carreteras estaban iluminados como hoy en día.

Por eso, a partir del anochecer, quienes salían fuera de las casas debían hacerlo provistos de sus propias linternas. Era así como bellos faroles de papel podían verse aquí o allá, encendiendo la negrura con sus frágiles lucecitas. Y como decían que la negrura era especialmente negra en las lomas de Akasaka —cerca de donde vivía Kenzo— y que se oían por allí —durante las noches— los más extraños quejidos, nadie se animaba a atravesarlas si no era bajo la serena protección del sol.

De un lado de las lomas había un antiguo canal, ancho y de aguas profundas y a partir de cuyas orillas se elevaban unas barrancas de espesa vegetación. Del otro lado de las lomas, se alzaban los imponentes paredones de uno de los palacios imperiales.

Toda la zona era muy solitaria no bien comenzaba a despegarse la noche desde los cielos. Cualquiera que —por algún motivo— se veía sorprendido cerca de las lomas al oscurecer, era capaz —entonces— de hacer un extenso rodeo, de caminar de más, para desviarse de ellas y no tener que cruzarlas.

Kenzo era una criatura muy imaginativa. Lo volvían loco los cuentos de hadas y cuanta historia extraordinaria solía narrarle su abuela.

Por eso, cuando ella le reveló la verdadera causa debido a la cual nadie se atrevía a atravesar las lomas durante la noche, Kenzo ya no pensó en otra cosa que en armarse de valor y hacerlo él mismo algún día.

—Los muyins. Por allá andan los muyins entre las sombras —le había contado su abuela, al considerar que su nieto ya era lo suficientemente grandecito como para enterarse de los misterios de su tierra natal—. Son animales fantásticos. De la montaña. Bajan para sembrar el espanto entre los hombres. Les encanta burlarse mediante el terror. Aunque son capaces de tomar apariencias humanas, no hay que dejarse ensañar, Kenzo; las lomas están plagadas de muyins. A los pocos desdichados que se les aparecieron, casi no viven —después— para contarlos, debido al susto. Que nunca se te ocurra cruzar esa zona de noche, Kenzo; te lo prohibo, ¿entendiste?

La curiosidad por conocer a los muyins crecía en el chico a medida que su madre iba marcando una rayita más sobre su cabeza y contra una columna de madera de la casa, como solía hacerlo para medir su altura dos o tres veces por año.

Una tarde, Kenzo decidió que ya había crecido lo suficiente como para visitar las lomas que tanto lo intrigaban. (En secreto —claro— no iban a darle permiso para exponerse a semejantes riesgos.)

Los muyins... Podría decirse que Kenzo estaba obsesionado por verlos, a pesar de que le daba miedo —y mucho— que se cumpliera su deseo. Y con esa sensación doble partió aquella tarde rumbo a las famosas lomas de Akasaka, con el propósito de recorrerlas sin otra compañía que la de su propia linterna.

Obviamente, a su mamá le mintió y así consiguió que lo dejara salir solo: —Encontré al tío Kentaro en el mercado; me pidió que lo ayude a trenzar bambúes. También se lo pidió a los primos Endo. Está atrasado con el trabajo y dice que así podrá terminarlo para mañana, como prometió. Me voy a quedar a dormir en su casa, madre.

El tío Kentaro vivía en las inmediaciones del antiguo canal, por lo que la mamá de Kenzo no dudó en permitirle que pasara la noche allá.

—Ni sueñes con volver hoy. Mañana, cuando el sol ya esté bien alto, ¿eh?

En aquella época, tampoco existían los teléfonos, de modo que la mentira de Kenzo tenía pocas probabilidades de ser descubierta. Además, no era un muchacho mentiroso: ¿por qué dudar de sus palabras?

Apenas comenzaba a esconderse el sol cuando Kenzo arribó a las lomas. Debió aguardar un buen rato para encender su linterna. Pero cuando la encendió, ya se encontraba en la mitad de aquella zona y de la oscuridad.

Se desplazaba muy lentamente, un poco debido al temor de ser sorprendido por algún muyin y otro poco, a causa de que la lucecita de su linterna apenas si le permitía ver a un metro de distancia.

De pronto, se sobresaltó. Unas pisadas ligeras, unos pasitos suaves parecían haber empezado a seguirlo.

Kenzo se volvió varias veces, pero no bien se daba vuelta los pasos cesaban. Y él no alcanzaba a descubrir nada ni a nadie. Era como si alguien se ocultara en el mismo instante en que el muchacho intentaba tomarlo desprevenido con su luz portátil.

Sí, era indudable que alguien se escondía entre los arbustos. Y que desde los arbustos podía observarlo claramente a él: el simpático rostro de Kenzo se destacaba entre aquella negrura, cálidamente iluminado por la linterna.

Durante dos o tres fines de semana más, este episodio se repitió tal cual. Kenzo continuaba con las mentiras a su madre para poder volver a las lomas. ¿Sería un muyin esa silenciosa y perturbadora presencia que lo seguía y lo espiaba? Y si era así, ¿por qué se mantenía oculto?, ¿por qué no lo atacaba de una buena vez, apareciéndosele —de golpe— para darle un susto mortal, como decían que a esos seres les divertía hacer?

Al fin, una noche, Kenzo iluminó una pequeña silueta femenina que se mantenía agachada junto al canal. La veía de espaldas a él. Estaba sola allí y sollozaba con infinita tristeza. Parecía la voz de un pájaro desamparado.

Con desconcierto pero igualmente conmovido, el muchacho prosiguió con su inesperada inspección, mientras ella aparentaba no tomar en cuenta su proximidad: continuaba de rodillas junto a la orilla del canal, gimiendo.

Era una niña de la edad de Kenzo. Estaba vestida con sumo refinamiento. También su peinado era el típico de las jovencitas de muy acomodada familia.

La confusión de Kenzo se iba convirtiendo en gigante: ¿Qué hacía esa mujercita allí, sola, nada menos que en aquella zona y a esas horas de la noche?

De pronto, se animó y caminó hacia ella. Si una nena era capaz de internarse en las lomas, con más razón él, ¿no?

El muchacho le habló, entonces, pero ella tampoco se dio vuelta.

Ahora ocultaba su carita entre los pliegues de una de las mangas de su precioso kimono y su llanto había crecido. ¿Un pichón de hada perdido a la intemperie, tal vez?

Kenzo le rozó apenas un hombro, muy suavemente.

—Pequeña dama —le dijo entonces—. No llore, así, por favor, ¿Qué le pasa? ¡Quiero ayudarla! ¡Cuénteme qué le sucede!

Ella seguía gimiendo y tapándose el rostro.

—Distinguida señorita, le suplico que me conteste.

Aunque proveniente de una modesta familia campesina, la educación de Kenzo no había dependido de la mayor o menor riqueza que poseyeran sus padres sino de que ellos valoraban — por sobre todo— la educación de sus hijos. Por eso, él podía expresarse con modales gentiles y palabras elegidas para acariciar los oídos de cualquier damita. Insistió, entonces:

—Le repito, honorable señorita, permita que le ofrezca mi ayuda. No llore más, se lo ruego. O —al menos— dígame por qué llora así.

La niña se dio vuelta muy lentamente, aunque mantenía su carita tapada por la manga del kimono.

Kenzo la alumbró de lleno con su linterna y fue en ese momento que ella dejó deslizar la manga apenas, apenas.

El muchacho contempló entonces una frente perfecta, amplia, hermosa.

Pero la niña lloraba, seguía llorando.

Ahora, su voz sonaba más que nunca como la de un pájaro desamparado.

Kenzo reiteró su ruego; su corazón comenzaba a sentirse intensamente atraído por esa voz, por esa personita. Una sensación rara que jamás había experimentado antes lo invadía.

—Cuénteme qué le sucede, por favor...

Salvo la frente —que mantenía descubierta— ella seguía ocultándose cuando —por fin— le dijo:

—Oh... Lamento no poder contarte nada... Hice una promesa de guardar silencio acerca de lo que me pasa... Pero lo que sí puedo decirte es que fui yo quien te ha estado siguiendo durante estos días. No me animaba a hablarte, pero ahora siento que podemos ser amigos... ¿No es cierto?

Kenzo le tocó apenas el pelo: pura seda.

En ese instante fue cuando ella dejó caer la manga por completo y el chico —horrorizado— vio que su rostro carecía de cejas, que no tenía pestañas ni ojos, que le faltaban la nariz, la boca, el mentón... Cara lisa. Completamente lisa. Y desde esa especie de gran huevo inexpresivo partieron unos chillidos burlones y —enseguida— una carcajada que parecía que no iba a tener fin.

Kenzo dio un grito y salió corriendo entre la negrura que volvía a empaquetarlo todo.

Su linterna, rota y apagada, quedó tirada junto al canal.

Y Kenzo, corrió, corrió, corrió. Espantado. Y corrió y corrió, mientras aquella carcajada seguía resonando en el silencio.

Frente a él y su carrera, solamente ese túnel de la oscuridad que el chico imaginaba sin fondo, como su miedo.

De repente —y cuando ya lo perdían las fuerzas— vio las luces de varias linternas a lo lejos, casi donde las lomas se fundían con los murallones del castillo imperial.

Desesperado, se dirigió hacia allí en busca de auxilio. Cayó de bruces cerca de lo que parecía un campamento de vendedores ambulantes, echados a un costado del camino.

Todos estaban de espaldas cuando Kenzo llegó. Parecían dormitar, sentados de caras hacia el castillo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —exclamó el muchacho—. ¡Oh! ¡Oh! —y no podía decir más.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, bruscamente— el que —visto por detrás— parecía el más viejo del grupo. Los demás, permanecían en silencio.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Qué horror! ¡Yo!... —Kenzo no lograba explicar lo que le había sucedido, tan asustado como estaba.

—¿Te hirió alguien?

—No... No... Pero... ¡Oh!

—¿Te asaltaron, tal vez?

—No... Oh, no...

—Entonces, sólo te asustaron, ¿eh? —le preguntó nuevamente con aspereza— ése que parecía el más viejo del grupo.

—Es que... ¡Suerte encontrarlos a ustedes! ¡Oh! ¡Qué espanto! Encontré una niña junto al canal y ella era... ella me mostró... Ah, no; nunca podré contar lo que ella me mostró... Me congela el alma de sólo recordarlo... Si usted supiera...

Entonces, como si todos los integrantes de aquel grupo se hubieran puesto de acuerdo a una orden no dada, todos se dieron vuelta y miraron a Kenzo, con sus rostros iluminados desde los mentones con las luces de las linternas. El viejo se reía a carcajadas, estremecedoras como las de aquella niña, mientras le decía:

—¿Era algo como esto lo que ella te mostró?

Las carcajadas de los demás acompañaron la pregunta.

Kenzo vio entonces —aterrorizado— diez o doce caras tan lisas como las de la niña del canal. Durante apenas un instante las vio porque —de inmediato— todas las linternas se apagaron y el coro —como de pajarracos— cesó y el muchacho quedó solo, prisionero de la oscuridad y del silencio, hasta que el sol del amanecer lo devolvió a la vida y a su casa.

Los muyins jamás volvieron a recibir su visita.